Año VII — La Plata, 1ª quincena de Julio de 1925 — Núm. 148

IDEAS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
59 NÚM. 818

SUSCRIPCIÓN MENSUAL . . 0.20
NÚMERO SUELTO 0.10

Publicación quincenal | Editada por la Agrupación del mismo nombre | Administrador: Ovidio Ricetti

El orden público

Carlos Sanchez Viamonte, docto en leyes, catedrático, americanista a todo tambor y convecino nuestro, ha descubierto al fin de los siglos, ¡oh poder de la humana sapiencia! la piedra filosofal de la vida en sociedad. Sostiene este profundo alquimista de la jurisprudencia que la gran obra del siglo reside en combinar inteligentemente el concepto legal y estatal del orden público con el derecho a la existencia y dice: hasta ahora no se ha respetado el derecho individual a la existencia y el derecho social — leyes, propiedad, etc., —han limitado (hasta anularlo, agregamos nosotros) los derechos básicos del derecho natural que el profesor vienés Antonio Mengier enuncia: «todo miembro de la sociedad tiene derecho a que los bienes y los servicios necesarios para la conservación de su existencia le sean proporcionados antes que se satisfagan las necesidades menos urgentes de los demás miembros de la sociedad», agregando que «el derecho habitar —derecho de estar —cada individuo en su planeta y en su nación, sin precio ni permiso, es el mínimun de derecho humano».

Es de esta lucha entre el derecho humano y el derecho social de donde surgen los graves conflictos que convulsionan la sociedad; alterando la armonía de su desenvolvimiento: el deseo, la necesidad y el derecho al pan, al libro, al arte, a la libertad en contínua pugna, de sordos rumores o de violentas proyecciones, contra la usurpación, la imposición, la propiedad y la tiranía, representación actual de ese tan cacareado "orden público" factor del desorden colectivo y del dolor y la miseria general, ¿Puede aceptarse un orden público, social, —máxime en una democracia —cuando esa idea tiende al desorden público y al malestar social? No se trata como arguye el conferencista de «resolver el nuevo derecho en un máximun de libertad civil y política —legislado se entiende — y en un mínimun de libertad jurídica», sino de abolir todo libertinaje jurídico, principio de estado, propiedad y legislación de vida humana —opuestos inconjuncionalmente por mas que la alquimia jurisprudencil trate de hacerlo —anteponiendo al derecho del estado, de la ley y de la sociedad como entidad orgánica y representable, el derecho individual de cada uno y todos los miembros de la sociedad a satisfacer en plena libertad sus deseos, sus pasiones y sus necesidades, desde que sin lugar a dudas Sanchez Viamonte lo dice: «El orden público reduce progresivamente el campo de la libertad —aquella libertad integral y romántica de la revolución francesa, con el consenso casi unánime de las gentes y en ello fincaba el éxito obtenido por la falacia de Benito Mussolini, cuando anunció teatralmente: "pasaré sobre el cadáver corrompido de la libertad"» Y anda errado —perdone el Sr. profesor la irreverencia —al decir: «El orden público será el nuevo convidado de piedra, que viene a interrumpir con su presencia al banquete de los usufructuarios de las injusticias históricas, entre los cuales me encuentro» y se ha de encontrar muy cómodo en verdad, pues se sienta tranquilo a la mesa, esperando que una ley por él o sus colegas dictada, venga a decirle que la fuente de tallarines que usufructa, es hija de la miseria de veinte hogares, útiles aunque menesterosos.

N. ONDOCTO

N. de R. Como hombre liberal y culturista, no ha de negarse nuestro convecino Sanchez Viamonte a señalar los errores, no ya de redacción y ortografía muy corrientes en manos hoscas, sino de conceptos, existentes en este artículo y desde ya le ofrecemos las páginas de "Ideas" a ese respecto.

La justicia burguesa es la perpetuación de todas las infamias

Hace docenas de siglos que los hombres sostienen, con sus vidas y en sus vidas, el aparato monstruoso de la llamada justicia. Con la violencia se ha perpetuado la justicia y sin la violencia, sin la fuerza esta no es nada, no vale nada.

Hace siglos que este estado de cosas subsiste. Se ha pretendido amoldar la vida y hacerla entrar en estos rígidos códigos, plagados de penas, de castigos, de prohibiciones. Se han elevado cárceles, patíbulos y se han inventado suplicios, —vesánica refinación de la maldad— y poco o poco, al margen del progreso, ha ido forjando un progresivo y delirante aumento de las torturas.

Ejércitos de hombres,— jueces, empleados, carceleros y verdugos— están sujetos a los rodajes de esta máquina infernal.

Toda la inteligencia de los hombres, su ciencia y su astucia, hase aplicado para obtener los mejores resultados de sus planes. Toda su obra ha sido una negación en dondequiera la vida expresaba una afirmación rajante. Al pretender reglamentar las relaciones de los hombres se ha convertido la vida en un infierno; se prostituyó el amor, se comerció vilmente con las necesidades, se escarneció la verdad y se cantó alabanzas al vicio, al servilismo, a la hipocresía, al odio.

Veinte siglos de civilización lo están clamando. A lo largo de la historia, en todos los países y en todas las razas, siempre que hubo una situación que defender, un privilegio que garantir, una injusticia que sostener, surgió siempre la justicia, más bien, la injusticia de la justicia. De este modo, ésta fué siempre el coronamiento de todas las infamias, el visto bueno de todos los crímenes. Si triste es el papel representado por esta justicia por sus crímenes, es repugnante por el torpe y ruin lacayismo que hizo ante todos los césares del mando y de la rapiña. Las voces de libertad, de angustia por las opresiones y miserias, no han partido jamás de sus estrados, y en cambio sí se hicieron oir muchas veces de sus condenados, de sus víctimas.

¡Destruid las cárceles! ¡Abolid para siempre todos los códigos! ¡Negad la inhumana pretención de juzgar los actos de sus propios hermanos! son los gritos que hoy surgen de todos los pechos.

Basta de injusticias en el nombre de una pretendida justicia; bastа de horrores y de martirios en pos de una domesticación bárbara e imposible; que los codigos dejen de deglutir vidas humanas y se deje cancha libre a la realización de tantos anhelos grandes, de tantas bellas iniciativas, de tantos deseos creadores que se agitan en todos lados.

Vamos contra la tiranía estatal y por la abolición de toda autoridad. ¡Elevad compañeros vuestra voz de rebeldía y de protesta!...

Los horrores de la dictadura en Chile

Estado de sitio, leyes de orden social, amordazamiento de la prensa, censura y masacres: he ahí la obra del Obrerista Alesandri

Vive el pueblo chileno una de las horas más amargas de su esclavitud. Iniciada en las salitreras del norte, la fobia reaccionaria ha hecho presa en todo el país, cercenando o tratando de cercenar todo pensamiento libre independiente toda actitud altiva.

Cuando cese el humo de la pólvora, los ayes de los masacrados, cuando el imperio militarista cante el aleluya lúgubre de su triunfo, recién sabremos entonces toda la verdad de la tragedia. Pero no hemos de esperar a que el tiempo hable por nosotros, cuando la metralla ha destrozado ciento cincuenta pechos generosos, cuando la caza al hombre continúa implacable deportando y encarcelando por centenares.

Las viejas leyes de defensa social están en plena actividad. Dos herrumbrados presidios militares renuevan sus goznes y abren sus puertas de fierro en la espera de los quinientos deportados de la zona de Arica sometidos a tribunal militar por haberse alzado dignos contra la explotación de los amos. Los locales libertarios son clausurados, allanadas las imprentas y perseguidos los periódicos y los rebeldes. El gobierno da amplias facultades al ejército y a la policía para que vigile toda actividad de tinte subversivo y procese a los sospechosos.

El parlamento dicta una ley de prensa que limita hasta negarlo, el derecho del periodista a decir las cosas tal cual son y llamándolas por su nombre, y se establecen penalidades de fuertes sumas de dinero, clausura y prisión para los que hablen el lenguaje de los veraces. El mismo parlamento aprueba que se considere como delito punible con largos años de encierro toda manifestación contra la patria o el gobierno, elevando a la altura de un dios.

La Suprema Corte para no ser menos, declara que toda ofensa contra los miembros del gobierno no debe ser considerada como injuria, sino como atentado. Para ese tribunal lo mismo es decir que un gobernante es un ladrón que tirarle una bomba. Se secuestra la correspondencia para evitar que la barbarie trascienda y se viola la correspondencia del exterior para evitar que al pueblo chileno se le inocule el virus libertario... por correspondecia.

Esta es la obra nefasta de un gobierno que, por ironía surgiera como reacción a la dictadura militar y de un gobernante a quien pocos meses ha, se inclinara reverente el pueblo chileno especialmente los despojados, los obreros encabezados por la Federación y el pardo Comunista, que veían en el asesino de hoy, el redentor de sus dolores,

Sea esta una lección dolorosa más, de la larga cadena de la tragedia de los oprimidos y sea también un acicate en las gestas del futuro. Porque la rebeldía del pueblo chileno como las ideas libertarias,— ¡salud los masacradores!— no ha de abatirlas ni la voz de la ley ni los cerrojos del presidio ni el plomo de los esbirros.

ACLARANDO

PARA LA AGRUPACION "VOLUNTAD"

Los compañeros de esta agrupación, nos han remitido una nota, aclarando ciertas apreciaciones antojadizas vertidas por el diario «La Protesta». Nosotros entendemos que por venir los cargos de quien viene —pues creemos que nadie ignora los manejos de esta gente—eso ya de por sí involucraría una afirmación de su poco valer. Hechos como el aludido estamos hartos de verlos reproducirse sin ninguna variante, de un tiempo a esta parte, por los componentes de la redacción de ése diario.

Y en verdad asombra que despues de todo lo que se ha dicho y redicho, se pretenda volver a repetir lo que todos saben.

Nosotros entendemos que sin la confianza mútua no puede haber obra común. Y bien, nosotros tenemos sobra dos motivos para no tenerla con ellos

NI SANAS NI LIMPIAS

Decimos que las cárceles no deben ser reformadas, sino suprimidas. Y agregamos: es necesario destruir las causas que engendran el delito y las cárceles desaparecerán al unisono.

¿Por qué roba y mata el hombre?: Porque se ha educado en la violencia, sometiendo o sometiéndose, y en la usurpación explotando o careciendo. De ahí que como mandatario o usurpador se modele la conciencia del hombre en el sentido del crimen—; guerras, masacres, condenas— y en el sentido del robo, apropiación del trabajo colectivo—; y que como mandado o usurpado se desarrolle en el individuo ideas de rebeldia animal, de venganza, de odio y de robo al detentador

Víciado por la enseñanza autoritaria, el fanatismo patriótico, político y religioso, atenaceado por un sistema de privilegios ecónomicos y políticos, la delincuencia es casi una necesidad en una sociedad en que si no se roba, se es robado, en que si no se mata, se es lentamente asesinado.

Derechos de autoridad y de propiedad, y una educación calcada en estos principios; he ahí la inagotable fuente fomentadora del vicio y de la delincuencia, los abastecedores de las tumbas de los vivos, que por más confortables y pintatadas de rosas que sean, han de ser siempre, instrumentos de tiranía y negación de libertad.

Dejemos pues a los socialistas el trabajo de pedir leyes de amparo y benevolencia para los encarcelados, mientras con una clara visión de la cuestión social, nos entregamos de lleno a la obra, más tardía pero más segura, de ilustrar al pueblo, capacitándolo no sólo para abatir a la tiranía y el privilegio, sino para convivir en una sociedad en que sin odios de fronteras ni de clases, desaparecerá el crimen, y en la que estando la producción como el consumo al libre arbitrio de todos, no será necesario violar, matar o robar para obtener la satisfacción de nuestras necesidades.

Abolir la prepotencia autoritaria y el privilegio propietario implica abolir las cárceles.

Los presos de Rosario

Hace varios días que los presos en el Departamento de policía del Rosario se hallan en huelga de hambre, en protesta por los castigos corporales —clásicos de la policía argentina— aplicados a cuatro compañeros de cadenas.

Simpática actitud a la par que ejemplificadora para tantos que ante los inauditos y contínuos salvajismos de los uniformados, no comprometen ni una sola palabra, aunque más no sea de protesta.

¿QUÉ HACER?

¡Las cárceles! Y el grito angustiante de pasión y de protesta, no llega hasta nuestros labios; se diluye y se encrespa, en este otro más amplio, más abarcativo: ¡La vida toda es una inmensa prisión! Es una cárcel, tan ceñida de centinelas y rejas, tan rígida y plagada de reglamentos monstruosos, tan castradora y maldita como las otras. Si en aquella toda posibilidad de acción está negada, lapidada, en cambio en ésta, el hombre frente a frente a su destino, opta, sumiso e ignorante por labrar sus propias cadenas, por arrodillarse ante aquellos que luego lo verán hundirse indiferentemente en su propio infierno.

La vida, así, no tiene otro significado que este: medrar. Ahincarse con uñas y dientes, a este menguado presente lleno de humillaciones.

Probad sino, dar rienda suelta a vuestros más caros anhelos. Elevad!os llenos de alma, como un himno, hasta el corazón de los hombres. Poned en cada obra vuestra, —con el fervor de haberla hecha para todos— todo lo que de manso, suave y sereno vuelque vuestro espíritu. Sentid, donde quiera que se precipite vuestra inquietud por cuajar vuestros ensueños, dondequiera que el dolor taladre un pecho, que una maldición ensombrezca un alma, sentid, decimos, toda la juvenil, la trastornadora, la fervorosa ansiedad de poner una partícula de vuestra alma en los hombres y las cosas.

Dejad que vuestra ansiedad oculta mane, desbordante y dadivosa como un manantial y se deshilache en mil corrientes por los senderos de la vida ...

¿Qué encontraréis? Encontraréis una inmensa cobardía, torpe y bellaca, anubladora de toda conciencia de obra. Mil acomodos bastardos refunfuñarán a vuestro paso. Los intereses creados os opondrán con violencia sus viejas normas, sus códices podridos, sus creencias absurdas, su eterno crepúsculo. Millones de voces más os escupirán servilismo, ignorancia, desconfianza, maldad ... Muchos que os comprenderán, os dirán o se dirán a si mismos, "No puedo; mi familia ... el patrón ... la sociedad ... la ley ... No somos dueños de nuestros destinos. Casi no nos animamos a pensarlo ... ". Son esclavos.

Entonces comprenderéis la vergüenza de esta vida. Y asomarán ante tí los grilletes monstruosos, que ahincados en la carne, en los instintos, en las pasiones, en las esperanzas de los hombres, como un topor, reduce sus movimientos, el libre juego de su existencia, a los de una bestia, y menos aún. Encanallados y vencidos, el espectro de sus vidas innunda el mundo. Basta con agitar dos o tres viejos espantajos para encaminarlos enfurecidos de odio, hacia su exterminio, hacia su esclavitud más férrea, más asesina.

¿Y hacia adónde dirigiros, entonces? Husmeáis todos los rincones, palpáis todas las rejas, os desesperáis ante los muros. —categóricos y cabales— que en medio del mundo no os dejan dar un paso. Os sentís todo y no sóis nada. A vuestro ardor y desborde interior, que quisiera fundirse, amalgamarse con los seres, os responden estos hombres, ignorantes de si mismos, consumidos en una lucha innoble, poseídos por fanatismos ciegos, emputecidos por odios mezquinos y bellacos deseos.

La prisión se os torna cada vez más sombría, más insoportable.

Ah!, las prisiones que los burgueses elevan y en donde gipan tantos miles de infelices, son un símbolo de lo que ellos han hecho con la existencia de todos los seres, con la vida toda. Ya lo dijo otro: "el ciudadano perfecto, cabal, es el preso ... " Y los grilletes que en esta vida nos atan, son mil veces más peores que los otros; a estos los llevamos enterrados en nuestro espíritu, calcados en cobardías e impotencias, hechos carne en prejuicios e ignorancias.

En medio de la vida, sugetos a normas, a deberes, a genuflexiones, esclavos; El mundo, rotulado, loteado, repartido entre los que todo lo compran y venden, convertido en un mercado.

¡Sí! Afirmemos que esta vida es una prisión infame, en la que parece que vivimos de lástima, de emprestado, por favor. En la que una atroz miseria, —material y moral— nos hace tan cobardes y miserables, que la verdad nos turba; la libertad nos arranca un grito de pavor...

Y sin embargo, ni la vida debe ser una cárcel ni los hombres unos prisioneros... Como un manantial ansioso de desparramarse en mil corrientes distintas, cada vida dejaría correr sus ansiedades, sus ensueños, sus esperanzas...

LA CÁRCEL

La triste y vergonzosa historia de una prisión es, con muy pocas variantes, la misma de todas las prisiones; porque los directores de éstas, por muy honrados y moralistas que aparenten ser, son simple y vulgarmente unos ladrones y torturadores, asesinos de las víctimas que tienen bajo su custodia y de cuyas vidas pueden disponer a su antojo.

He aquí el ejemplo de lo que sucede en Bahía Blanca: Benito Duhalde es el primer alcaide de esta cárcel, y Jorge Barbosa su subalterno: ambos igualmente infames e indignos. El alimento que dan a los presos es una horrible bazofia que ni aún los cerdos hambrientos engullirían sin repugnacia. Al detenido que impelido por el hambre reclama justamente más y mejor alimento, se le responde con el calabozo y el palo. Si el preso insiste, y sobre todo si hace trascender sus protestas al público, provocarán la ira de los citados alcaides, que serán implacablemente "justicieros". Le castigarán hasta que el preso enloquezca o muera.

El frío es aquí glacial. Hay detenidos que por falta de mantas y ropas, pasan las noches tiritando de frío y de hambre. Sin embargo, en el depósito hay gran cantidad de cobijas nuevas, destinadas para los presos. Ropa, tampoco la dirección entrega a nadie. Así andan muchos semidesnudos y locos de hambre.

Y a pesar de esto, casi ningún preso se atreve a formular la más leve queja, tan atemorizados se hallan por sus verdugos, que anula en ellos toda su personalidad. ¡Qué animal adaptable es el hombre... y cómo se arrastra y humilla en la prisión!

Hay un adagio corriente entre los presos: "La cárcel no mata, pero enloquece". Es verdad, y no es de extrañarse... pero también mata a muchos, idiotiza y embrutece a los más, y rebela a los menos. Estos últimos, son las flores surgidas de ese inmundo fango. Todo hombre independiente, con dignidad y caracter, y que recluido en una prisión quiera conservar su integridad, será repudiado por sus carceleros, que aprovecharán toda ocasión para ultrajarle bestialmente.

Ahogando la voz de los más decididos con crueles torturas, los demás no hablarán. El miedo los mata. Muchos recluidos, si los aplastarían bajo las paredes de su celda, morirían sin protestar o pidiendo perdón. Hay también los reclusos pendencieros, *matones*. Estos, internados por primera o décima vez en la casa de *regeneración*, —según el absurdo de que "las cárceles regeneran y corrigen al hombre", —se proveen lo antes posible de un "zuncho" y en la primer ocasión acribillan a puñaladas a un compañero de desgracia y hermano de dolor, digno en muchos casos del mayor aprecio y respeto. Tal ocurrió aquí hace meses con el preso José Iglesias, a quién odiaba el alcaide, y que lo malquistó con otros presos con el avieso propósito de hacerlo asesinar. Una mañana se efectuó el encuentro y un montón de detenidos, divididos en dos bandos se acometieron. Iglesias y otros dos resultaron gravemente heridos. Y mientras esto pasaba, varios empleados contemplaban gozosos la escena. De este modo quebranta el alcaide la solidaridad y armonía entre los presos. Y estos gustan más usar los cuchillos de que van provistos, contra sus compañeros que contra sus verdugos.

Los recluidos pendencieros son generalmente sumisos con los verdugos. Así, podemos ver que uno de estos, a pesar de ser golpeado sin piedad, se convierte en un ciego instrumento de los esbirros.

A esta resignación se opone su actitud destemplada para con los compañeros de infortunio, para quienes no guardan ninguna consideración.

Duhalde, el perro máximo de ésta, como todos los directores, tiene sus alcahuetes; oficio peligroso pero bien retribuido, —en la cárcel cualquier hueso es carne—, y que a veces se paga cara una delación.

Estos inconscientes representan un gran papel con los visitantes, ante quienes cantan las dulzuras de la vida carcelaria, elogios a la bondad de las autoridades, a la alimentación, vestuario, trato, etc.

Así que las visitas, bien impresionadas y si son periodistas mejor, divulgan que eso es Jauja, que solo los criminales y los incorregibles son los quejosos. Tal es mi caso: para Duhalde soy un grandísimo criminal, un inadaptable para quien todo castigo es poco.

Hace más de un año que me tiene aislado, en una apartada pocilga, sin haber tenido nunca la más mínima diferencia con ningún preso.

Para estos hombres que el bárbaro rigor y el corruptor ambiente de la cárcel idiotiza, soy casi indiferente.

El hombre que a nada se atreve, que carece de energías, que no sabe o no quiere pensar y menos luchar por alguna cosa y con algún fin, vive muerto y más le valiera no haber nacido o ser arrojado a un pozo.

Todo hombre que no ame la libertad, qué no contribuya de alguna manera con su partícula por su advenimiento o que la niegue erigiéndose en autoridad y por ende en verdugo, es, donde quiera y como quiera que se halle y viva, ya sea en portero de X, el vigilante de la esquina o el más poderoso y encumbrado gobernante de la tierra, un infeliz cautivo.

Los carceleros no son más libres que los sometidos a su fuerza. Estos son corderos embretados y aquellos tigres en acecho. La cárcel es un terrible monstruo cuya boca está siempre abierta dispuesta a tragarnos. El preso no está ni del todo vivo ni del todo muerto. Cada celda es una fosa, la prisión un cementerio lleno siempre de sepultados vivos. La descripción de estos antros de exterminio, cuando se ajusta a la verdad es asombrosa siempre. Hay personas ingénuas que creen ver en estos relatos una pura fantasía.

En la penitenciaría de La Plata, los castigos corporales son horriblemente crueles. En el corazón de esa ciudad los presos perecen de hambre a consecuencia de las torturas que se le someten.

Muchos de ellos andan tan hambrientos que alzan de la basura los huesos que otros tiran, para roerlos como perros.

Los castigos en los calabozos son ilimitados, sin un abrigo y descalzos sobre el piso mojado intencionalmente.

El Departamento de Policía de la misma ciudad, tiene para sepultar en sus sótanos a incontables víctimas. El hombre que es arrojado en esta caverna infamante, en uno de sus reducidos e inmundos calabozos, créese por momentos en lo que podría llamarse «el pozo de la muerte.»

A este pozo son llevados muchos detenidos para «ser habilmente interrogado» por los esbirros de investigaciones.

Y bien sabido es en que consiste esta habilidad: el palo, la goma que deshace los pulmones sin dejar rastros, el fuego aplicado en las partes más sensibles del cuerpo, la sed, la imposibilidad de dormir, el retorcimiento de los órganos sexuales, etc., etc.

En resumen: no es verdad que la prisión pueda corregir al hombre en lo más mínimo; es indiscutible que este se degenera en ella, llegando hasta los más bajos extremos de la degradación humana.

E. TEVEZ

Contribuya compañero a la edicion de "Sierra Chica y sus horrores". Ayudadnos! , . .

EL ARTE Y LA ANARQUIA

V

El Arte y la Historia

La Historia está impregnada de Arte. Sus hechos reflejan el apogeo o la decadencia artística, y el Arte no pocas veces se convierte en guía de la Historia.

Ora es la chispa que enciende el corazón de las multitudes en fuego ardoroso; ora la sutileza mística que remansa el instinto libre del hombre. Ya la música de un himno que embriaga de locura a los ejércitos, pintando en su imaginación delirante como algo sublime la matanza de hermanos; ya conduce con el eco heroico de las canciones rebeldes al pueblo comunal de París, o forja la Revolución del 89 al son de la Marsellesa. ¡Sortilegio sorprendente que recubre la acción del pueblo con el velo de la fantasía!

Y si una canción o un himno pueden guiar a la multitud, también todo hecho histórico, grandioso o mínimo, tiene su repercusión en el Arte. En los tiempos antiguos la guerra pérsica dió impulsos al arte griego, tan digno de admiración que se consagró a la posteridad ¿Quién ignora que la cultura helénica supo crear después de aquella acción épica, hombres tan vivos que parecieran surgir del yeso como si fueran de carne humana?

El siglo de la belleza perfecta, según la Historia llama al "siglo de Pericles", fué como anticipación de la decadencia de la fe en sus semejantes que sumergió al pueblo en una desmoralización agobiadora. La preocupación de aquel Arte excelso, escultural, en cuyo florecieron como ejes futuros del Arte humano los Fidias y Praxíteles en Grecia, y los Apeles en Esparta, trajo de por sí —como un contrato del Arte convertido en sola preocupación— la depravación de la moralidad, recluida al márgen del renacimiento artístico.

Por eso Anacreonte, Safo, Baquilides, reflejarán en sus odas y poemas las costumbres de su época.

¿No fueron acaso los poetas griegos antiguos quienes celebraron en sus "dionisiacas" los placeres de Baco y de los gloriosos mancebos entregados a sus sádicos vicios? ¿No fué Anacreonte el que cantó a la rosa como un símbolo de lujuria, apasionada, el que hizo célebre en sus cantos depravados a la yegua de Tracia? Quiere decir que junto al florecimiento de las artes, la moralidad fué alfombra vil de todas las inpudicias... La filosofía griega no pudo llenar ese vacío del Arte.

Bajo el punto de vista de belleza, comparad sin embargo la objetivación petrificada del arte medioeval con el subjetivo y viviente de la Grecia artística.

Es ahi donde nos olvidamos de la pobreza ética, para admirar las líneas puras del genio helénico. Comparad una estatuita de Tanagra, delicadísima en su sencillez, obra de artifice divino más bien que humano, con el trabajo gigantesco de los templos egipcios, encajados con maestría singular en sus bóvedas y sillares sólidos, pero faltos de aquel espíritu artístico que fluye y encanta en una obra humana.

La técnica de Oriente momificó el Arte; la cultura griega la vivificó, con ser bastante relajada. Nada decimos de la pobreza mental y artística de Roma, cuya ascendencia perdura en nuestros días. Ni aún de la tierra espartana, término medio de la pujanza artística de Grecia y el poderío de Roma en la conquista

Así como en la antigüedad, la Historia se repite. Somos todavía hijos de Grecia, de Roma y de Esparta. Los tiempos pasados superviven en su arte y sus costumbres.

La última contienda europea, lo más próximo que tenemos y lo más cruento quizás, trajo un abatimiento, no solamente económico, sino en mayor grado moral.

«La guerra ha hecho arrodillar al Arte y a la Ciencia», clamé en ese entonces el espíritu dilecto de Romain Rolland, ejemplar contemporáneo de la Grecia.

La influencia de los hechos sociales resulta un proceso innegable. El círculo abarcador de la sociología permite introducir el Arte en su seno de crítica. Lo malo resulta que el mayor número de los reformadores sociales, sólo tiene ojos de análisis para los problemas de sociología, y el valor artístico de la emoción del pensamiento (en la paleta, el metro poético o el cincel) se descuidan casi completamente.

VI

Moral artística

El sentimiento del ser humano no puede jamás colocarse bajo el nivel de la razón. El frío cálculo de lo experimental disfraza el vigor de la pasión instintiva. Cárcel de hielo es la verdad, sin el calor afectivo del sentimiento en las ideas. El Arte tiene una voz, pero no hay en ella inflexiones de raciocinio meticuloso. El lenguaje del Arte es el sentimiento. El pueblo, más que enfermo de su vientre económico, padece de insensibilidad. Su fuerza moral está más exhausta que la resistencia pasiva del estómago. Si alcanza a comprender o interpretar las ideas sociales, el cerebro presenta loables deducciones. Mas el corazón, sino se lo educa, sigue con la norma burguesa de sus prejuicios.

Ahí está el mal. Antes que la sequedad discernidora, el populacho busca en las savias hondas de la vida social, el amor fraterno, el sentimiento idealista, para hacerlo correr también como savia en la raíz de su vida.

La bondad aparece como planta sin jardinero. La moral del pueblo, por lógica continuación de la esclavitud que mata su ferviente iniciativa, se ha convertido en maleza de rencores y bajos apetitos. No se respeta el rebelado instinto de libertad. En el panteón autoritario del régimen se espera el féretro difinitivo que demarque la muerte del sentimiento. Pero el sentimiento, aunque débil en su fuego, es un carbón que no puede apagar la frialdad inconsciente de la ceniza. Es un corazón que late despacio, muy despacio quizás, pero ni tan mínimo esfuerzo niega su palpitación.

¡A qué rincón obscuro se ha relegado el sublime atributo del Arte, cuya base moral está en el sentimiento! Mientras la sociedad se debate en un caos y no se oyen sino extinguidas voces redentoras, la tarea subterránea de *demolición constructiva* permanece sin movimiento, como **un paralítico** con ansias poderosas de caminar. El desconocimiento del poder artístico, de la irradiación sensorial de sus manifestaciones, como una aureola distante, sufre la incapacidad de no ser interpretada por la masa anónima, en cuyo seno se truecan tantas maravillosas iniciativas y miles aspiraciones, donde agonizan por la esterilidad circundante muchos embriones de genio y no florece la fe oportuna de la vocación Allí el Arte no llega a iluminar el sendero sombrío de las conciencias. El sentimiento se agota como al influjo de un cierzo helado, todo perece en la inanición. Es como si el simun arrasador del bienestar de todos pasase triunfalmente sobre el espíritu común de la multitud y solamente quedara una realidad esquelética presentando su norma de egoismo como esencial fundamento de convivencia.

Libertad necesita el arte, como oxígeno los pulmones. La libertad está en el pueblo si el pueblo la quiere. Separar el arte de la lucha social es colocarlo en manos de los que emponzoñan el sentimiento humanitario, es ensalsar el Arte como el voto en la urna de los políticos. El Arte es un vuelo de espiritualidad, no urna vergonzosa de claudicaciones morales. No se ensobra porque no se limita lo ilimitable en la estrecha cárcel de un papel. El Arte rechaza esa prisión, porque busca la naturaleza infinita, y *siendo la naturaleza expresada en lo bello, es la libertad expresada en la belleza del sentimiento.* Y si esto no es el Arte, es por lo menos nuestra concepción libertaria.

Deseamos una *moral* más humana. Deseamos un *arte* más humano. ¿No aspiramos entonces a ser orfebres de una *moral artística*, cultivando lo mejor de nuestro individuo, y destruyendo las malas pasiones? Arribada la sociedad a un sistema de mútua armonía, quizás el Arte por su fin mismo sería cultivable.

En la sociedad actual, el arte debe llenar un fin de lucha; para nosotros encierra el ideal de la sociedad futura, vislumbrado por los grandes precursores y alentado en germen por los parias, en medio de las costumbres imperantes. La similitud del Arte, en su aspecto de bondad y sentimiento, con nuestro hermoso ideal, es para nosotros guía luminosa en medio de la senda de actividades.

Reivindiquemos el Arte para el pueblo. Si las ideas no se sutilizan con la comprensión estética del sentimiento, nuestra labor será incompleta, casi nula. Entra la razón, con la brutalidad que la educación presente les reserva a los hombres, pero el corazón enmudece, con el mismo fondo de ignorancia afectiva que no supo cambiar la apariencia de los principios dogmáticos. Confiérese al sentimiento, al Arte mismo, una amplia y duradera función social; la de cambiar el alma bárbara de los seres humanos, y encender en la obscuridad la lámpara de luz diamantina, que resplandece en brillo de concepción racional en medio de la sombra de los prejuicios: el sentimiento.

E. ROQUÉ

La nueva estética

El arte no se expresa más que a sí mismo. Tiene una vida independiente como el pensamiento y se desarrolla puramente en un sentido que es suyo propio. No es necesariamente realista en un siglo de realismo, ni espiritual en un siglo de fe. Lejos de ser la creación de su época, está por lo general en oposición directa con ella, y la única historia que nos conserva es la de la marcha que ha seguido. A veces vuelve sus pasos y resucita una forma antigua, como sucedió con el movimiento arcáico del último arte griego y en el prerrafaelismo de nuestros días. Otras, se adelanta por completo a su época y la obra que produce requiere el transcurso de otro siglo para que la comprendan y aprecien. Pero en ningún caso representa su época. Pasar del arte de una época a la época misma es el error más garrafal de todos los historiadores.

La segunda doctrina es esta: todo arte malo se debe a una vuelta a la Vida y a la Naturaleza y a su elevación a la dignidad de Ideales. La Vida y la Naturaleza pueden ser utilizadas algunas veces como materiales del Arte; pero antes de prestar a éste ningún servicio es preciso traducirlas en convenciones artísticas. Cuando el Arte deja de ser imaginativo, desaparece en absoluto.

El Realismo como método, es un completo fracaso, y las dos cosas que debe evitar todo artista son el modernismo de la forma y el modernismo del asunto.

Para nosotros los que vivimos en el siglo XIX, cualquier siglo menos el nuestro puede ofrecernos un asunto artístico adecuado. Las únicas cosas bellas son las que no nos atañen. Precisamente porque Hécuba no tiene nada que ver con nosotros es por lo que sus dolores constituyen un tema trágico tan admirable. Además, lo moderno es lo que pasa de moda. Zola toma posiciones para trazarnos un cuadro del Segundo Imperio. ¿Quién se preocupa ahora del Segundo Imperio? Está muy anticuado.

La vida corre más que el Realismo, pero el Romanticismo precede siempre a la vida.

La tercera doctrina es que la Vida imita al Arte más que el Arte a la Vida. Y esto se debe, no solamente al instinto imitador de la Vida, sino al hecho de que el fin consciente de la Vida es hallar una expresión, y el Arte la ofrece ciertas formas de belleza en las que emplear su energía. Esta teoría inédita es de las más fecundas y arroja una luz completamente nueva sobre la historia del Arte. De esto se desprende, como corolario, que la naturaleza exterior imita al Arte. Los únicos efectos que puede mostrarnos son los que habíamos visto ya en poesía o en pintura. Este es el secreto del encanto de la Naturaleza y al mismo tiempo la explicación de su debilidad.

El Arte toma la Vida entre los materiales en bruto de su obra, la crea de nuevo y la modela otra vez en nuevas formas, se muestra indiferente en absoluto con los hechos, inventa, imagina, sueña y mantiene entre él y la realidad la infranqueable barrera del bello estilo y del método decorativo o ideal.

OSCAR WILDE

LA FILOSOFIA DE IBSEN

POR HAN RYNER

(CONCLUSIÓN)

No menos que el que se encierra en sí mismo para hacer fermentar pasiones y locuras, es despreciable el que ensaya agrandarse y multiplicarse a costa de las personalidades vecinas y que quiere hacer de los hombres, monedas vulgares estampadas con su efigie. Nadie posee el derecho de regalía que osan abrogarse conquistadores y apóstoles. Conquistadores y apóstoles serán vencidos y destruidos por su propia tentativa. Juan Gabriel Borkman no despertará "los espíritus durmientes del oro", pero, "Napoleón, herido desde su primera batalla", vivirá aislado en su cámara estrecha, Santa Elena de impotencia y de locura melancólica. Y para obtener los medios de librar el combate inútil, para acudir a la derrota irremediable, ha debido matar en sí mismo y en la que amaba todo lo que hace la vida digna de ser vivida. La simple tentativa de conquista ha aniquilado dos individuos, y el conquistador es uno de ellos. Iniciativas más modestas que la de Juan Gabriel Borkman no son menos homicidas. Hedda Gabler sueña en influir sobre un solo hombre, de pesar sobre un solo destino. Toda influencia es mala para quién la ejerza. Desde que trato de pesar sobre un destino ajeno, hago pesar este destino sobre mi propia suerte. La tentativa de Hedda Gabler tiende a matar, después de Eilert Loevorg, a Hedda Gabler.

Hemos visto que mal ridículo crea un apóstol cuando este se llama Gregorio Werlé. Si es, como Brand, una potente inteligencia, se vuelve todavía más peligroso. Brand sacrifica la vida de su mujer y la vida de su hijo a una Iglesia, en la que mañana verá una mentira.

Y su apostolado no tiene para él otro efecto qne retardar la hora en que conocerá la verdad.

***

Conquistadores y apóstoles están vencidos de antemano porque son unos retardados. Pertenecen a formas humanas que hay que dejar atrás. El conquistador es un fenómeno atávico que surge del "primer reino", del reino de la materia y "de la alegría de vivir".

El apóstol es también un espectro; viene del "segundo reino" del reino de la cruz y del sacrificio.

El individuo, en sí, ha entrado ya en el tercer reino, en esa patria que Ibsen define siempre con una oscuridad inquieta. "El tercero es el reino del gran misterio, el reino que debe estar fundado a la vez sobre el árbol del conocimiento y el árbol de la cruz, porque los odia y los ama a los dos y porque las fuentes de su vida están en el paraíso de Adán y sobre el Gólgota."

Hay cierta confusión y menosprecio quizás involuntarios en los términos que Ibsen emplea de vez en cuando para designar los tres reinos. Creo, no obstante, comprender porque el individuo ama la cruz y la detesta. Ni la una ni la otra son suficientes. Alegría continua y dolor contínuo son igualmente adormecedores. Los dos son necesarios, y su choque, y su querella, para despertar una conciencia. El que fué primero alegre no se arriesga de comprender sino en el sufrimiento; el que primeramente sufre, no verá más que en el sol de la alegría. Ibsen, hijo de las brumas y de las persecuciones, tuvo conciencia de sí mismo en la luz italiana. La vida verdadera no surge por entero ni de la sola fuente del paraíso, ni de la sola del Gólgota. Ella se dirige hacia el noble paisaje alargado en que los dos valles se encuentran, donde los dos arroyos se juntan y se mezclan para formar el gran río humano.

Algunas de las palabras con que Ibsen define el tercer reino, me hacen creer que su idealismo se adultera con un poco de materialismo, y que lleva sobre su sueño no sé qué pesadez endemonista. Bien semeja que anuncia al individuo la potencia material tanto como la elevación espiritual. Quizás ignore que la felicidad es una forma a la que poco le importa la materia, una estatua que no es menos bella o menos preciosa cuando está esculpida en una pobre piedra.

Quizás —no lo sé —crea él que los hombres del porvenir entrarán todos o casi todos en ese tercer reino. Si lo cree, se equivoca aún. Su cronología misma, si es otra cosa que un símbolo o una facilidad de expresión, vuélvese un error más. Pocos hombres, no importa la época que sea, han poseído con plenitud el conocimiento y la alegría de vivir. Pocos hombres fueron, en los siglos más arrodillados, perfectos y completos cristianos: pertenecieron potentemente al reino de la cruz. Algunos, desde hace tiempo, han entrado al tercer reino: no estuvo nunca cerrado a los Sócrates, a los Epicuros, a los Epitectos. Y siempre aquí como en los países menos humanos, habrá muchos llamados y pocos elegidos. Estos solos serán elegidos, pero oirán venir, no de afuera, sino de ellos mismos, el doble llamado, *la vocación*, la orden eficaz de repulsar las violencias exteriores, intereses o deberes, para obedecer a la sola violencia interina y para volver a ser plenamente lo que son.

LO IMPOSIBLE

Hombre: por alto que sea ese monte inaccesible
que tu ardor quiere alcanzar,
no temas nunca domar
los potros de lo imposible.

Sube más alto, más alto; tu descaminado anhelo
querrá, al camino mediar,
su carrera limitar:
todo el goce está en el vuelo.

Quien se para en el camino, su ruta pierde en seguida
la angustia, el ansia, el furor,
la pasión contra el error,
la fiebre, forman la vida.

El fin de ayer es mañana lo que tu camino tranca:
en las jaulas donde moran
las ideas se devoran,
sin saciarse su hambre nunca.

¡Cambiar, subir! Es la regla y el fin más alto y profundo
el inmóvil hoy no es más
que apoyo para el compás
que mide el orgullo al mundo.

¡Que te importa la cordura de antaño, que fácil va
entregando como palma
el triunfo fijo y en calma
si tu vivo sueño ardiente vuela siempre más allá!

Sobrepásate en tus ansias, fervoroso, cada vez,
asómbrate de tu aplomo,
sin preguntar cómo
resistes a tu embriaguez

Es un deseo tu alma que al Fin nunca quiere ir;
los potros de lo imposible
desde el monte innaccesible
te llevarán ellos solos, al inmenso porvenir.

E. VERHAEREN

CASA DE MUÑECA

FINAL DEL TERCER ACTO

HELMER y NORA

. . . .

Helmer—Bueno, descansa; procura calmar tu espíritu, reponte del susto, pajarito miedoso. Descansa tranquila; yo te protegeré bajo mis amplias alas. ¡Que tranquilo y encantador es nuestro hogar, Nora. Aquí estas segura. Te guardaré como paloma recogida, después de haberla arrancado sana y salva de las garras del milano. Sabré apaciguar tu pobre corazón que palpita. Poco a poco lo conseguiré; créeme Nora. Mañana lo verás todo de distinta manera. Todo volverá a ser como fué. No necesitaré repetirte constantemente que te he perdonado. Tú misma lo comprenderás sin vacilar. Cómo puedes suponer que te rechaze o te dirija reproches? No sabes tú, Nora, lo que es, en verdad, el corazón del hombre. ¡Hay para el hombre tal necesidad, tanta alegría en la conciencia, cuando ha perdonado verdaderamente, con todo el corazón! Es como una segunda posesión, como una creación nueva, no se ve solamente a la mujer en el ser perdonado, se ve también al hijo. Así me aparecerás en lo futuro, pobre criatura extraviada, sin brújula. No temas nada, Nora. Sé siempre franca conmigo y yo seré a la vez voluntad y conciencia para ti. ¿Cómo? ¿No te has acostado todavía? Has vuelto a vestirte?

Nora— Sí, Torvaldo; he vuelto a vestirme.

—Por qué a estas horas?

—Esta noche no pienso dormir.

—Pero, querída, Nora...

—No es tarde todavía. Siéntate, Torvaldo; tenemos que hablar.

—Nora, ¿qué significa? Esta seriedad...

—Siéntate. La entrevista será larga. Aún tenemos mucho que decirnos.

—Me asustas, Nora. No te comprendo.

—Es verdad: no me comprendes y tampoco yo te había comprendido...hasta esta noche. No me interrumpas. Escucha lo que te digo... Se trata de arreglar cuentas...

—Qué pretendes?

—Ahora estamos frente a frente. No te llama la atención una cosa?

—Qué quieres decir?

—Hace ocho años que estamos casados. Reflexiona. No es la primer vez que los dos, tal como somos, marido y mujer, hablamos juntos seriamente?

—Seriamente, si. Qué quieres decir?

—Ocho años han pasado ... y más aún, contando desde nuestro primer encuentro, y nunca hemos sostenido una conversación seria sobre un asunto grave.

—Debí acaso iniciarte en las eternas preocupaciones que no hubieras podido disipar?

—No hablo de preocupaciones. Quiero decir que nunca, sea por lo que fuere, hemos intentado ver juntos el fondo de las cosas.

—Pero, querida Nora, era esa una preocupación para ti?

—¡Eso es! Nunca me has comprendido... Han sido injustos conmigo, Torvaldo. Papá, primero y luego tú.

—Cómo, los dos? Pero quién te amó como nosotros?

—Vds. no me han amado nunca. Les ha parecido divertido estar en adoración ante mi. Eso es todo.

—Pero, Nora, qué quiere decir este lenguaje?

—Así es, Torvaldo. Cuando estaba con papá, me exponía sus ideas que yo compartía, Si pensaba otra cosa, me lo callaba. Le hubiera disgustado. Me llamaba su muñequita y jugaba conmigo como jugaba yo con mis muñecos. Después vine a tu casa...

—Hablas de nuestro matrimonio de un modo extraño.

—Quise decir que de las manos de papá pasé a las tuyas. Todo te lo arreglaste a gusto tuyo y yo lo compartía, no recuerdo ahora bien: tal vez ni una cosa ni otra; unas veces, una y otras veces, otra. Mirando hacia atrás, me parece que he vivido como viven los pobres... al día. He vivido de las piruetas que hacía por ti, Torvaldo. Pero esto te gustaba. Tú y papá son muy culpables conmigo. Vds. tienen la culpa si no sirvo para nada.

—Eres absurda, Nora, absurda e ingrata. No fuiste dichosa aquí?

—No. Creí serlo pero nunca lo fuí.

—¡Tú no has... tú no has sido dichosa!

—No. Fuí alegre, nada más. Eras muy cariñoso conmigo, pero nuestra casa no fué más que salón de fiesta. Fuí en tu hogar la mujer-muñeca, como antes, en el hogar de papá, fuí la niña- muñeca. Y nuestros hijos fueron también muñecas para mi. Me parecía divertido que jugaran conmigo, como a ellos les parecía divertido que yo jugara con ellos. Así fué nuestra unión, Torvaldo.

—Hay algo de verdad en lo que dices, aunque exageras y añades demasiado. Pero en el porvenir todo cambiará. Acabó la hora de recreo y empieza la hora de la educación.

—La educación? Cuál, la mia o la de los niños?

—Una y otra, querida Nora.

—¡Bah! No eres, Torvaldo, capaz de educarme para convertirme en una esposa como es debido.

—Y tú dices eso?

—Igual que yo. Tampoco estoy preparada para educar a mis hijos...

—¡Nora!

—No decías hace poco que era una labor que no te atrevías a confiarme?

—Lo dije en un momento de irritación. Quieres ahora recordármelo?

—No, por Dios. Pero tenías razón. Es una tarea superior a mis fuerzas. Hay otra que debo realizar antes. *Quiero educarme a mi misma.* Tú no puedes facilitarme ese trabajo. Lo debo emprender sola. Por eso quiero dejarte.

—Qué dices?

—Necesito estar sola para darme cuenta de mi misma y de todo lo que me rodea. Así no puedo quedarme a tu lado.

—¡Nora! ¡Nora!

—Voy a marcharme enseguida. Me refugiaré en casa de Cristina esta noche.

—¡Estás loca! No tienes derecho a irte. Te lo prohibo.

¡Guerra a la guerra!

Una hoja antimilitarista editada por la agrupación "IDEAS"

Con el propósito de intensificar la propaganda, en el sentido anti-guerrerista, los compañeros de esta agrupacion, hemos pensado editar una pequeña hoja antimilitarista, que tratará de salir mensualmente.

Esperamos que los camaradas comprenderán nuestro esfuerzo, ayudando en lo posible a su mayor difusion. A todos los paqueteros les remitiremos una cantidad.

Los que estén de acuerdo en continuar recibiéndola, esperamos nos escriban al respecto.

En el mismo sentido editaremos un folleto antimilitarista, del que en breve daremos detalles. Se tratará de algo corto, sencillo, asequible a todos. La edición será lo mayor que nos permitan nuestros medios.

Será para la reparticion gratuita.

"Ideas" en Rosario

Se vende en los siguientes quioscos:
San Luis 1025, Mercado Central.
San Martin 1042, Mercado Central.
Sarmiento y San Juan.
San Martin y Mendoza.
Avenida Pellegrini y San Martin.
Córdoba y Corrientes.
San Martín y Rioja.
Entre Ríos y Córdoba.
Mendoza No. 2527.

Por suscripciones, donaciones, etc. a nuestro agente Eduardo Llanes, calle Laprida No. 2276 Rosario.

De VILLADA

Con el propósito de constituir una biblioteca popular en la localidad arriba mencionada, pedimos a los compañeros, bibliotecas y agrupaciones, que nos manden si les es posible, libros, folletos y demás material de propaganda a nombre de Germán Arias, Villada F. C. C. A

«El hombre es lo que es; sus pasiones son tan eternas como legítimas, se trata solo de saber emplearlas en su propio bienestar o en el bienestar general.»

Todos los compañeros que posean folletos antimilitaristas y quieran desprenderse de ellos pueden remitirlos a esta administración.

Comité Pro Presos Sociales

SECRETARIA: Ecuador 320 Bs. Aires

Cambio de la comisión Administrativa

Comunicamos a las agrupaciones, organizaciones obreras, centros culturales y compañeros en general que en la asamblea de delegados celebrada el día 20 de de Junio, fuè renovada totalmente la C. A. del comité, participando en la nueva comisión los compañeros Lizardo Vazquez, Constantino Fabeiro, Angel Petrarca, Vicente Acosta, J. Rubino y Salvador Alberti.

Toda correspondencia a nombre del Secretario Constantino Fabeiro; valores y giros a nombre del Tesorero Angel Petrarca Rioja 1689, Buenos Aires.

Situación del Comité

Serían nuestros deseos dar a conocer a los compañeros la verdadera situación del comité, pero debido a que al dar este comunicado aun no nos hemos hecho cargo definitivamente del mismo, nos limitamos unicamente a llevar a conocimiento de los camaradas que ella es por demás afligente debido a la falta del aporte solidario indispensable para atender como se debe à los que caen en las garras policiales.

Para dar una idea exacta de lo afligente de la situación económica, basta manifestar que se dieron casos de haber compañeros encarcelados y no poderlos atender como se debía, precisamente por encontrarse la caja del comité sin fondos

Más de una vez, si alguna ayuda pudieron recibir los presos, fué por la intervención inmediata de algunas agrupaciones, de lo contrario hubieran sido librados a sus propios recursos.

Es preciso, pues, que las compañeros eviten se vuelva a producir en lo sucesivo tal situación vergonzosa.

Proximamente daremos a publicidad la memoria del comité desde su constitución a la fecha.

EL COMITÉ

Los sacrificados

Son muchos los compañeros que hay en nuestro campo, y fuera de nuestro campo también, que todo lo que hacen, toda «su obra» —en el sentido que nosotros le damos—, está referida a sacrificios.

Dan, si lo queréis, todo, pero con aquel gesto, con aquella convicción de que han realizado un verdadero "sacrificio".

De este modo, es posible observar sin detenerse mucho, que a raíz de cualquier roce, incomprención o malquerencia del ambiente en que actúan, se conviertan en un chorro de lamentos, de imprecaciones y de quejidos.

"¡Oh, los desagradecidos; los que no conocieron nunca con cuanto fervor, con cuanta angustia dí mis energías y grabé mis angustias en la obra! ¿Es qué entonces, no me han comprendido jamás?'i

Nosotros en verdad lòs compadecemos. Porque, en realidad, ¿no es dolorosamente triste, llegar a comprender, sobre que hecia y vacua base està fundamentada la obra de tales hombres?

¿No es risible acaso, referir tantas angustias, dolores y esperanzas a esta ridícula exterioridad?

Entendemos que toda obra, —obra de espíritu— debe estar informada de un más grande afán, y muy por encima de todo deseo de exhibicionismo, de mezquinos y torpes anhelos.

Dar porque esa es la obra de todo verdadero espíritu, —fatal y dolorosa— pero grande y bella. Dar sin importarnos dìceres, sin sentir que se ha dado, que se está dando...

Y esto no lo comprendieron jamás aquellos que refirieron su vida teniendo en cuenta os sacrificios...

—Ya no puedes prohibirme nada. Me llevo lo que es mío. De ti no quiero tener nada, ni ahora ni nunca.

Mañana partiré para mi casa; quiero decir, para mi país natal... Allí encontraré fácilmente un medio de vivir.

—¡Estás ciega, pobre ser sin experiencia!

—Ya procuraré crearme la experiencia, Torvaldo.

—¡Abandonar tu hogar, tu marido, tus hijos! ¿No piensas en lo que dirán?

—No puede detenerme eso. Sólo sé que para mi es indispensable.

—¡Oh, es irritante! ¡Vas a traicionar los deberes más sagrados!

—¿Qué consideras tú como deberes más sagrados?

—¿Necesito decírtelo: no son acaso los deberes hacia tu marido y tus hijos?

—Tengo otros tan sagrados como esos. Los deberes conmigo mima.

—Ante todo eres esposa y madre.

—No lo creo yo así. Ante todo soy un ser humano, con igual derecho que tú, o por lo menos debo intentar serlo. Se que la mayor parte de los hombres te darán la razón, Torvaldo, y que esas ideas andan impresas en libros. Pero yo no he de guiarme por lo que dicen los hombres ni por lo que imprimen en los libros. Necesito yo misma formarme mis ideas y procurar darme exacta cuenta de todo.

—¿Qué, no te das cuenta de tu sitio en el hogar? No tienes una infalible guía, la religión para orientarte?

—¡Ay, Torvaldo! Y si te dijera que no se exactamente lo que es la religión.

—Es imposible que lo ignores.

—Respecto a ese particular no sé más que lo que me dijo el pastor Hanser al prepararme para la confirmación: la religión es esto, la religión es lo otro. Cuando esté sola y libre, estudiaré esa cuestión como tantas otras. Veré si el pastor decía la verdad o no, por lo menos, si lo que decía era verdad con relación a mí.

. . . .

¡Dolor!...

En esta palabra está personificada la hora actual. Hasta en la sonrisa del niño hay un no se qué, que nos sugiere dolor.

¡Dolor! Por doquiera: en la calle y en el hogar. El de la madre, ante el cuadro misérrimo de la prole; de su cosecha.

¡Dolor! El de la novia, ante la incertidumbre de vivir con el amado que quizá haya de abandonarle al día siguiente de su unión.

¡Dolor!, ante el advenimiento de un nuevo ser, y dolor cuando la implacable parca lo arrebata.

¡Dolor! Aún en aquellos de súperflua vida económica. Su espíritu está metido en la caja de hierro y ¡guay! cuando al abrirla han visto disminuir el "diablo amarillo". Los observarás malhumorados; doloridos.

Es que nadie se puede escapar, en esta horrible hora, de la humana tristeza del vivir.

***

Amos y esclavos. He aquí la causa de este mortal dolor.

Una virtud, pues, salvará a los humanos: la desobediencia. El amor a la libertad, la cultura, la ciencia.

Ante todo sobre todas las cosas, esforcémonos los anarquistas por hacer a los hombres libertarios. Elaboremos en sus espíritus el amor a la *no autoridad* venga esta de donde viniere, aún disfrazada de un rojo subido; pero tratemos primero de predicar con el ejemplo de nuestras vidas llenas de sinceridad y quizás entonces la alegría renacerá en la tierra.

Tom X

Dos procesos científicos

El profesor Scopes

No hay nada más ridículo que la justicia burguesa. En su código brutal hay artículos y sanciones para cualquier reprimenda jurídica. Ya no basta construir cárceles monstruosas, con sus refinadas torturas. La bárbara inquisición burguesa va más allá de lo indecible. Y aún así no le basta. El menor progreso le molesta. Hasta la enunciación de una simple teoría científica, ya admitida y divulgada por los sabios modernos. Es el caso reciente del profesor Scopes.

Existe en la tierra yanqui, excéntrica y sanguínea, en el Estado de Tennessee, una ley que no sabemos como calificar entre los adjetivos lastimosos, ya que hacemos común rasero de la legislería burguesa. Esta ley prohibe exponer la teoría de Darwin acerca de la evolución natural del hombre y las especies, cuyos fundamentos niegan la creación divina.

El profesor Scopes enseña biología en el pueblito de Dayton. Y como no ha de carecer de fuerza razonadora en su exposición, diò cuenta sin temores de su convicción evolucionista. Este es el momento en que está bajo proceso. La ley burguesa lo castiga.

El asunto ha tomado revuelo. Según cuentan las crónicas, el pueblito de Dayton, ignorante al que más, apasianado sin duda, como espécimen yanqui, de la fórmula de Lynch, se ha adaptado a la justicia burguesa. Obsérvase en sus calles aldeanas un movimiento irónico, de ingenuidad científica Monos aquí, monos allá. Han colocado sus almas sombrías en todo sitio de exhibición. Simios en todas partes, gesticulando su ignorancia de pueblo. Y el proceso no es otra cosa que eso. A veinte siglos de civilización y aún se procesa al que niega la Biblia! —claman algunos. Se extrañan algunos. Se extrañan de esa gran verdad. No conocen otra peor. La prensa burguesa les cuenta el caso sencillo del profesor Scopes. No les cuenta la terrible tortura de las cárceles, el hacinamiento de los presos sociales, de Sierra Chica, del presidio militar del Chaco, de Ushuaia. Es que esto pasa aquí en la República Argentina, tan cerquita de nosotros...!

El profesor Levaditi

Este es otro proceso. Pero es un proceso de la ciencia contra el difundido mal de la avariosis. El resultado de los continuados trabajos del Dr. Levaditi son muy extensos. Le ha salido un término científico de más de una docena de sílabas. Si lo reprodujera podría equivocarse el tipógrafo. Poco le importa a la ciencia el exceso de la gramática. Lo que le importa es reducir la sífilis o mal luético, cruel enfermedad que ha invadido completamente la tierra. Algo se ha conseguido al parecer, y según se afirma es por completo.

A raíz de la enunciación del descubrimiento científico, se habla con fervor de que existían ya antecedentes de experimentaciones realizadas en la Argentina, por médicos de este país. Se traduce a la vista en esta manifestación a última hora, un deseo de lucro sobre el hallazgo de laboratorio. Duele comprobar que haya médicos y sabios [illegible] esfuercen por deducir conclus[illegible]